

Prólogo

No puedo dejar de pensar en estos versos de T. S. Eliot al leer este último escrito de D. José Luis Gutiérrez García:

«Todo nuestro conocimiento nos acerca a nuestra ignorancia,
toda nuestra ignorancia nos acerca a la muerte,
pero la cercanía de la muerte no nos acerca a Dios.
¿Dónde está la vida que hemos perdido viviendo?
¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?
¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en información?»

(T. S. Eliot, en *Los coros de la piedra*)

Y no puedo, porque en los escritos de D. José Luis me encuentro no solo con palabras, sino con la palabra de un creyente. Porque su vida evidencia que lo que escribe está en concordancia con su fe.

Para el autor algo está cayendo en el olvido en la vida de los hombres. El desarrollo y el avance de lo técnico sobre las humanidades, la distancia entre la realidad, la tierra, las estrellas, el cielo, la vida humana encerrada y replegada con frecuencia..., hace que ya no podamos hablar con la realidad cercana o, por lo menos, la dificulta notablemente. No sólo ya con dicha realidad sino, lo que es peor, con uno mismo, con los deseos que anidan en el corazón y que se despiertan en el contacto con la vida.

En este libro se puede encontrar un itinerario altísimo, fino y delicado que nos lleva, casi sin querer, como por connaturalidad, a la contemplación de Dios. Eso es por sí solo un motivo para su lectura y reflexión. Es como si con sus escritos el que escribe nos dijera: «Quiero vivir a la altura de mi deseo infinito». Pero la persona que viene al mundo normalmente llega con los grandes interrogantes de la existencia: se pregunta de dónde viene, tiene la dificultad de saber por qué se muere, por qué hay tanto dolor, qué quiere decir tener amigos, saber acerca de la verdad y la mentira, acerca del bien y del mal... ¿Habrà algo que resista el paso del tiempo?

¿Algo capaz de vencer y salvar a este mundo y sus hombres sometidos a la muerte, el dolor y el paso del tiempo?

Aquí se descubre audaz. En un mundo como el nuestro, donde se pone en duda toda verdad dogmática, toda relación con lo trascendente, D. José Luis nos ofrece un manual que, en plena conexión con la tradición de la *lex orandi* y la *lex credendi*, nos lleva a la adoración y a la celebración de un Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad que nos habita y hace de nosotros templos vivos para su gloria y alabanza.

+ Fidel Herráez Vegas
Arzobispo Emérito de Burgos
Consiliario Nacional de la ACdP

Nota previa

Ofrece esta nota previa cierto carácter de prólogo galeato. Por varias razones. La primera viene impuesta por la carencia en el autor de todo intento de publicidad. La segunda apunta al principio de autoridad. El autor no es escriturista ni teólogo, aunque en algunas disciplinas no es del todo lego.

Aficionado desde su ya lejana juventud a la Doctrina Social de la Iglesia, ha mantenido al mismo tiempo un constante, cordial y devoto contacto con los textos sagrados del Testamento Antiguo y sobre todo con las enseñanzas del Nuevo. Fruto de este permanente contacto es el presente estudio, matizado y dirigido también por la inmensa riqueza de nuestro Año litúrgico.

Estas son las razones escuetas, que justifican el carácter del adjetivo «galeato», con que entrego al lector, con mi agradecimiento, este trabajo.

Capítulo 1

«ADORARÁS AL SEÑOR, TU DIOS, Y A ÉL SOLO SERVIRÁS»

Antes de entrar en la explicación particular de la adoración, que debemos a la santísima Trinidad y a cada una de las Tres Personas divinas, parece conveniente adelantar algunas prácticas consideraciones generales sobre la virtud, que es mucho más que mera virtud, de la adoración a Dios.

Tema prioritario, supremo, de básica magnitud espiritual, que encaja perfecta y necesariamente con el primer gran mandamiento del Señor en el Sinaí – amar a Dios sobre todas las cosas –¹; y con la misma universalidad, en el tiempo y en el espacio, del precepto divino de la consiguiente adoración. Valga esta dual indicación preliminar como suficiente exordio del capítulo.

Punto de partida

Tres textos revelados, convergentes, de la Sagrada Escritura pueden servirnos de arco de entrada: dos del Testamento Nuevo, palabras del Señor, de Jesús; y uno del Antiguo Testamento, palabras de Moisés al pueblo judío.

Primera palabra: Monte de la Cuarentena. Tras cuarenta días de absoluto ayuno y continuada oración al Padre, en la soledad del desierto, soporta el Señor, Jesús, Unigénito encarnado, las tres tentaciones de Satanás. A la tercera y última del príncipe de la mentira, «si postrándote en tierra, me adoras», responde Jesús, imperativo, dominador y con un rechazo contundente: «Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él solo servirás»². Adoración y servicio exclusivos, a Dios solo, únicamente a Dios.

Segunda palabra: Habla Moisés al pueblo. «Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es un solo Dios. Lo amarás [-imperativo de obligación suprema-] con “todo” tu corazón, con “toda” tu alma, con “toda” tu fortaleza,

1 Cf. Ex 20, 1-5.

2 Mt 4, 10.

y estas palabras que hoy yo te encomiendo, estarán sobre tu corazón»³. En estos dos versículos, con la triple repetición del adjetivo «todo», se encierra el bloque del más alto valor teológico y religioso para la historia no sólo del cristianismo, sino de toda la historia de las religiones. «Este es el más grande y el primer mandamiento»⁴.

Tercera palabra: De nuevo Jesús, ahora ante la samaritana. Junto al pozo de Jacob. «Llega un tiempo, y ya ha comenzado, en que los verdaderos “adoradores”, “adorarán” al Padre en espíritu y verdad; estos son los “adoradores”, que busca el Padre...Dios es espíritu y los que le “adoren”, deben “adorarle” en espíritu y verdad»⁵. ¿Qué significado tienen estos dos términos «espíritu y verdad»? Un significado unitario.

Para adorar a Dios “de verdad”, el adorador debe dejarse conducir por el “Espíritu Santo”, por «el Espíritu de la verdad, que os guiará hacia la verdad completa»⁶. Le hablaba Jesús a la samaritana de manera ajustada a la rudeza espiritual de ésta. A los Apóstoles les anunciará posteriormente la promesa del Espíritu Santo, del Paráclito, del Defensor.

Resumo este punto de partida. Sólo Dios es Dios, el único, a quien se debe suprema y única reverencia, con totalidad de entrega, plenitud de adoración exclusiva, y absoluto servicio incondicionado⁷. En los Ejercicios ignacianos se recoge, en el «Principio y fundamento», un eco fiel, fidelísimo, de este precepto: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor»⁸.

Latría y dulía

Esta unicidad, total, exclusiva, absoluta e incondicional es la que se expresa con un término técnico, consagrado por la teología, consignado en nuestros breves e inolvidables catecismos, y reiterado por la espiritualidad cristiana de todas las épocas: el culto de latría, que se debe a Dios solo. Todos conocemos esta suprema realidad, pero conviene recordarla.

3 Deut 6, 4-5.

4 Mt 22, 38; Mc 12, 29-30; Lc 10, 27.

5 Jn 4, 23-24.

6 Jn 16, 13.

7 Cf. Ex 20, 3-5.

8 Ejercicios espirituales [23].

El culto de «latría» sólo puede, solamente debe darse, por el hombre únicamente a Dios⁹. A los santos se les debe el llamado culto de «dulía», que tiene el significado de recuerdo, invocación, petición de ayuda interesadora, y reverencia, a los varones y a las mujeres canonizados. Dentro de esta reverencia hay que distinguir y deslindar la «dulía simple», o sencilla –a los santos–; y la «hiperdulía», culto no latreútico dedicado exclusivamente, en cima inigualable, a la santísima Virgen María, como Madre de Dios, Madre de los fieles, Señora de los ángeles, y Madre y Reina de toda la Iglesia, de todos los hombres, de todos los ángeles –*Domina angelorum*–, y del entero universo –*Regina coelorum*–, Inmaculada, Virgen siempre, y ascendida a los cielos en cuerpo y alma. Única en destino, única en gracia, única en virtudes, única, por su ascensión, ya presente en la gloria en cuerpo y alma. Refugio de los pecadores y consuelo de los afligidos.

No está de más añadir que en el sector bienaventurado de la dulía simple ocupa alto y destacado puesto singular san José, esposo de María, padre putativo de Jesús, y Patrono universal de la santa Iglesia.

El sentido propio del acto de adoración

Tras este necesario apunte aclaratorio, volvemos a la adoración en sentido propio. El verbo «adorar» y el sustantivo derivado «adoración» presentan, en su uso coloquial diario, dos líneas que hay que separar. Coloquialmente, en la vida ordinaria, se sitúan en línea meramente horizontal, de simple trato humano, con variedad de sentidos, que el propio Diccionario de la Real Academia recoge. Pero su sitio propio, su sede exclusiva, su radical significación, se hallan situados en la esfera, en el campo de lo religioso, de la suprema tendencia vertical del hombre hacia Dios.

Y en este sentido, abierto a la trascendencia, la adoración presenta dos caras: una interior y otra exterior. Quien adora a Dios, lo reverencia internamente, totalmente, con su alma; y además y necesariamente lo manifiesta de alguna manera hacia afuera, con el propio cuerpo. Las dos vertientes son necesarias en la plenitud de la reverencia adorante. Al acto

9 SAN AGUSTÍN, Carta 102, 20 y Carta 173: en BAC, Obras completas, vol. VIII, p. 726, Madrid 1986, y vol. XIa, p. 641, Madrid 1987. Cf. ALBERT BLAISE, *Dictionnaire latin-français des auteurs chrétiens*, s. v. *latría*, Brepols 1993.

interior se ha de unir el acto exterior. Porque la adoración es acto humano capital de «todo el hombre», mujer o varón. En la adoración a Dios sí que hay igualdad y perfecta igualdad de sexos. No se dan discriminaciones.

He dicho «de todo el hombre». Y debo añadir, con matiz obligado, que la adoración es acto humano capital «de todo hombre», varón y mujer. Porque el gratísimo deber de adorar a Dios es obligación primaria, ineludible, responsable, de todo ser humano. Ayer, hoy y mañana. En toda situación y circunstancia.

El precepto dado temporalmente a Israel, como garantía histórica de conservación y posterior promulgación universal, recae, en la eterna e inmutable intencionalidad divina, sobre todas las generaciones. Por el solo hecho de su humanidad, la persona humana tiene abierta siempre la ventana, o mejor la puerta, a la inmediata presencia, sin distancia, de la divinidad. Y debe reconocerla y recibirla y adorarla. La presencia de Dios en el hombre desconoce la distancia.

En la entera historia, no manipulada, de las religiones quedan muestras sobremanera elocuentes de esta recepción universal. En el hinduismo, en el budismo, en algunos momentos de la religiosidad egipcia, y en el Islam de los grandes poetas místicos sufíes¹⁰.

No conviene olvidar, a este respecto, dos hechos. Uno, que la razón humana correctamente desplegada tiene capacidad natural para alcanzar con certeza el conocimiento de la existencia de Dios, y por ello, para ejercer el primario deber de la adoración. Dato dogmático¹¹. Y segundo, que la providente gracia de Dios dispone de toda una inmensa red viaria, de todo un inmenso complejo de canales y acequias, por solo Dios abiertos y de Él solo conocidos, para asociar a todos los hombres, a cada hombre, al misterio pascual de la redención. Dato igualmente dogmático¹².

Y queda el último tramo de este primer segmento universal. La adoración es acto humano, genuinamente humano, de todo ser humano. Pero

10 Pueden verse elocuentes expresiones islámicas de este sentido latréutico en FÉLIX M. PAREJA, *La religiosidad musulmana*, pp. 438-456, Madrid 1975. Cf. CONCILIO VATICANO II, Declaración *Nostra aetate* 2-4.

11 CONCILIO VATICANO I, Constitución dogmática *Dei Filius*, capítulo II: *apud* JUSTO COLLANTES, *La fe de la Iglesia Católica*, p. 51: BAC 446, Madrid 1983.

12 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 13.16; y Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 22.

es, además, acto humano capital singularmente del cristiano, del bautizado, del discípulo del Maestro, del Verbo humanado, de Dios hecho hombre, en una palabra, de Jesús.

Al cristiano el Señor le ha regalado, por pura benevolencia suya, el acceso fácil y la entrada plena en el sagrado templo de la total y beatificante adoración a Dios, en virtud de la redención operada por Cristo y en Cristo. En la adoración del cristiano a Dios no hay templo, porque el templo es directamente el propio Dios adorado.

Entramos con lo dicho en el núcleo central del tema.

Dos sujetos dialogantes

Dos dialogantes, dos interlocutores, dos platicantes, que distan infinitamente entre sí, y viven, sin embargo, próximos. ¿Próximos? Más aún, unidos, inmediatos, porque la distancia infinita ha quedado salvada, cubierta por la presencia en la historia del Verbo de Dios hecho hombre. Ha unido Jesús en su persona única como eterno Unigénito, una perfecta e inigualable naturaleza humana. Con Jesús glorificado está presente en el seno mismo de la santísima Trinidad nuestra naturaleza humana¹³. Supremo asombro definitivo.

Se lee en el Evangelio de Marcos una sentencia del Señor a este propósito, sentencia dirigida no sólo a los Apóstoles, sino también y claramente a los demás discípulos: «A vosotros se os ha dado conocer el misterio del reino de Dios»¹⁴, «pero a éstos no»¹⁵, «sólo en parábolas»¹⁶. ¿Qué misterio es éste? El que acabo de indicar.

Es el misterio «escondido desde los siglos y desde las generaciones y ahora manifestado»¹⁷ por la presencia en el tiempo, por la entrada en la historia humana, del propio Verbo de Dios hecho hombre, el cual nos ha revelado

13 Lo recuerda la poscomunión de la solemnidad de la Ascensión. «El Señor nos concede ya aquí en la tierra conversar con Él»; y añade una petición: que «nos conceda tender hacia el cielo, en el que está ya presente unida a la divinidad nuestra naturaleza humana» (*«illuc tendat nostrae devotionis affectus, quo tecum est nostra substantia»*).

14 Mc 4, 11.

15 Mt 13, 11.

16 Lc 8, 10.

17 Col 1, 26.

la plenitud del Dios, al que debemos plenitud de adoración: la Beatísima Trinidad, que una en sustancia y trina en personas debe ser adorada con una única latría, con un solo acto de total y permanente rendimiento¹⁸.

«En numerosas ocasiones y de muchas maneras Dios habló en otros tiempos a nuestros padres por medio de los profetas. Pero últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo»¹⁹. En el acto de adoración están presentes dos sujetos: Dios adorado y el hombre adorante. Volveré más adelante, con especial desarrollo sobre esta bienaventurada dualidad.

Dios adorado, la Santísima Trinidad. Las tres divinas Personas son el sujeto sobre el que recae el acto de latría. Los tres en su sempiterna unidad de esencia, en su personalidad ternaria propia, y en la perfecta igualdad en cuanto a majestad, eternidad y omnipotencia²⁰. No hay palabra humana, que pueda expresar la infinita realidad del ser de Dios. Sólo Él puede comunicarla en el silencio adorante. Y es necesario tener siempre presente la advertencia de Jesús, que es aviso y petición y don: «Creéis en Dios, creed también en Mí»²¹. «Creedme, yo estoy en el Padre y el Padre está en mí»²². «Yo y el Padre somos uno», una sola realidad en cuanto a la eterna y omnipotente naturaleza divina²³.

Somos auténticos privilegiados los cristianos, –nos aprecie o menosprecie el mundo–, porque hemos recibido, sin mérito alguno nuestro, por pura benevolencia divina, el don de la fe, el regalo de la esperanza, y la dádiva inmensa de la caridad divina. Privilegiados, sí, y por ello vivimos gravados, cargados con una especial responsabilidad personal intransferible, por aquello de que «se le reclamará mucho a aquel que mucho ha recibido»²⁴. Sin olvidar que el reclamante, el Señor, ama con amor infinito al reclamado, el hombre. Y lo cuida.

Son sobremanera confortantes, y no siempre advertidas, las ternuras expresivas de Jesús, manifestación de las ternuras trinitarias con el hombre. Jesús habla a sus discípulos y les llama «rebañito», «*pusillus grex*»; y les

18 SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae* 2-2 q. 81 3 ad 1; q. 84 1 ad 3; y 3 q. 25 1 ad 1.

19 Hebr 1, 1-2.

20 *Misal romano*, Prefacio en la misa de la Santísima Trinidad.

21 Jn 14, 1.

22 Jn 14, 11.

23 Jn 10, 30.

24 Lc 12, 48.

precisa que el Padre quiere darles el reino²⁵. Y en la última Cena llama a los Apóstoles «amigos»²⁶. Más aún, les dice con divina ternura: «hijitos míos», «*filioli*»²⁷. Importa advertir los matices que estas expresiones de íntimo cariño evidencian, como asimismo importa advertir el tono de intimidad y efusión, que tienen las reprensiones a los Apóstoles, que Jesús les hacía y han quedado consignadas para nuestro consuelo y aliento en los Evangelios²⁸.

Estamos ya ante el sujeto adorante. Y lo primero de todo, como enseña el Doctor Angélico, la adoración, lo he apuntado antes, requiere lo exterior y lo interior. La atenta devoción interior y la humillación o reverencia exterior. Adora el hombre entero, cuerpo y alma. La principal es la interior y a ella se ordena la segunda²⁹. La reverencia exterior manifiesta, por un lado, la eterna majestad ante la que estamos; y, por otro, la radical nulidad nuestra, que nada somos «*ex nobis*», por nosotros mismos.

Lo interno de la adoración requiere a su vez el silencio en las dos vertientes de éste: el silencio exterior y el silencio interior. El primero es condición ambiental y necesaria, aunque hoy día se halla bastante dificultado. El más importante es el silencio interior, la clausura del alma. Es en el recinto íntimo, último, del alma humana, al que solo Dios tiene acceso, impermeabilizado al contagio diabólico. En él se escucha la incesante emisora divina, el inefable móvil divino, cuya percepción se debilita y cuya audiencia se pierde, cuando la algarabía de los sentidos, las interferencias de las emisoras del pecado penetran en la imaginación y de ésta pasa a los aledaños del alma.

La adoración exige silencio de los sentidos, sosiego de la imaginación, calma en el entendimiento, purificación de la voluntad. Es entonces, en esta clausura de solo Dios conocida y por solo Dios dada y mantenida, cuando se abre el coloquio sin palabras³⁰, la conversación silente, la

25 Lc 12, 32.

26 Jn 15, 15.

27 Jn 13, 33.

28 A los Apóstoles: «¿También vosotros os queréis ir?» (Jn 6, 68). «¿Por qué teméis, hombres de poca fe?» (Mt 8, 26). «¿No habéis podido vigilar conmigo ni siquiera una hora?» (Mt 26, 40). «Entre vosotros, el que quiera ser el primero, debe ser vuestro siervo» (Mt 20, 27 y Mc 10, 44). A Pedro: «¿Darás por mí tu vida? En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo antes que tres veces me niegues» (Jn 13, 38). A Felipe, en el cenáculo: «¿Tanto tiempo contigo y todavía no me has conocido?» (Jn 14, 9). Y a Tomás, tras la resurrección: «¡Porque me has visto, has creído! ¡Bienaventurados los que sin ver, creyeron!» (Jn 20, 29). Y a su misma santísima Madre, en Caná: «No es asunto nuestro. No ha llegado todavía mi hora» (Jn 2, 4).

29 *Ibíd.*, 2-2 q. 84, 2 y 3.

30 Cf. Lam 3, 26; Is 30, 15.